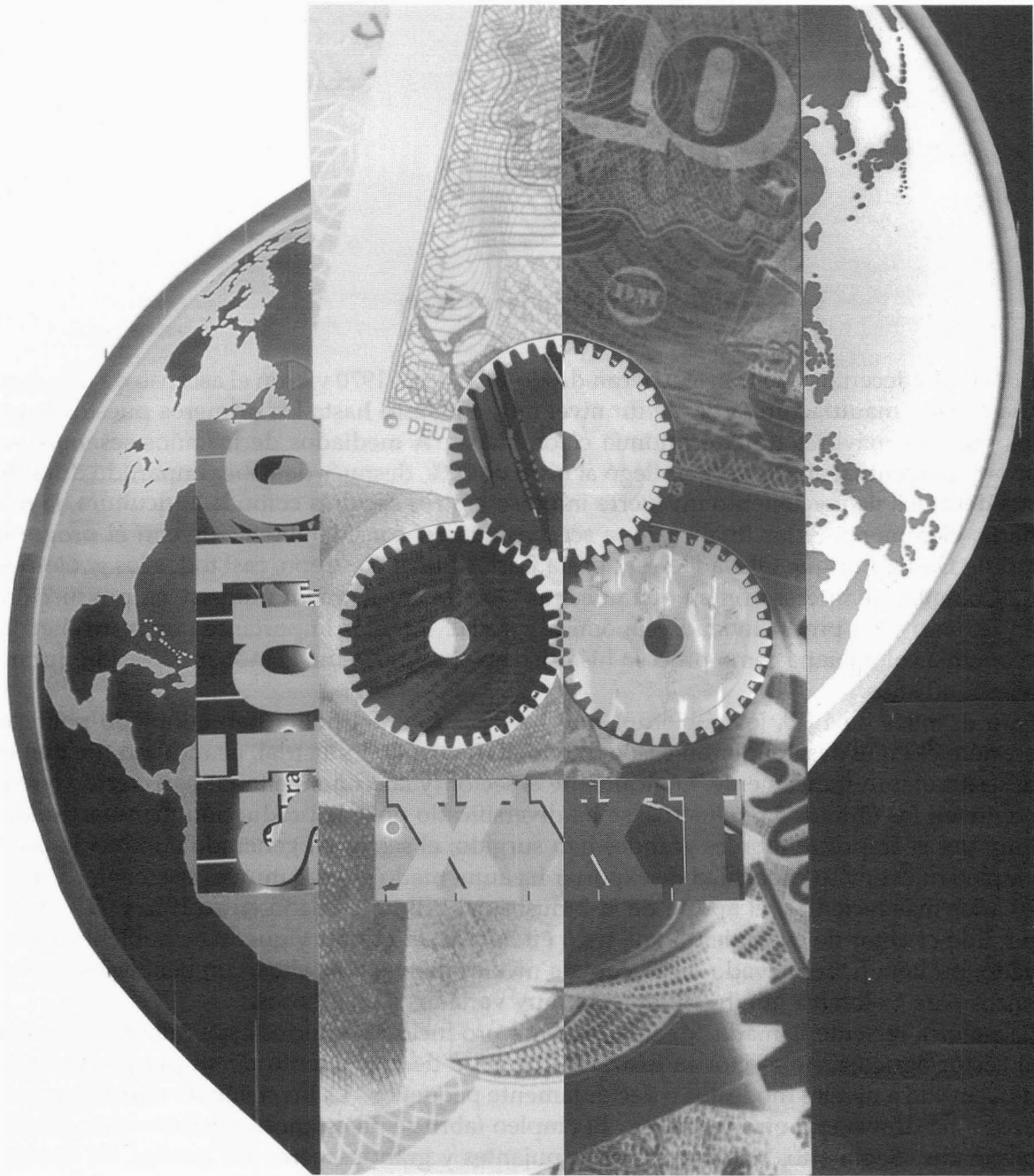
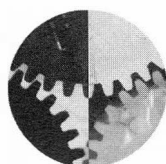


HACIA UNA NUEVA INDUSTRIALIZACIÓN



Gabriel Poveda Ramos





Introducción

Los cuatro decenios que transcurrieron desde 1930 hasta 1970 vieron el ascenso de la industria fabril y manufacturera desde un nivel muy modesto hasta los primeros puestos entre los sectores mayores de la economía colombiana. A mediados de los años sesentas, su aporte porcentual al PIB del país llegó al nivel de 20%, después de haber impartido durante sus decenios de crecimiento un fuerte impulso a otros sectores como la agricultura, la minería, el comercio y las finanzas que se beneficiaron considerablemente con el progreso fabril. Desde Enrique Olaya Herrera hasta Carlos Lleras Restrepo, casi todos los gobiernos de Colombia se interesaron en que nuestras fábricas crecieran en número, en producción, en tamaño y en productividad económica y social. Lo más importante que ocurrió en la economía colombiana como proceso histórico en el siglo XX fue la industrialización durante esos 40 años.

Pero después de 1970, los gobiernos que han estado en el poder han adoptado políticas económicas que desatendieron casi del todo el desarrollo industrial, cuando no fue que lo desestimularon francamente. Lógicamente el sector (y la economía toda) han crecido lentamente en los últimos 5 ó 6 lustros; se ha diversificado poco la producción manufacturada; muy pocas empresas fabriles grandes han surgido; el sector ha generado e inducido poco empleo nuevo; y su capacidad de exportar ha aumentado apenas muy escasamente. En los 30 años más recientes, el aporte de la industria al PIB ha oscilado entre 19% y 21%, y ha perdido el vigor de crecimiento que tuvo en épocas anteriores y que, si se hubiera conservado, pudiera haber llevado dicha cuota a niveles mucho más altos, con beneficios económicos para Colombia que hubieran sido muy variados y cuantiosos.

La política reciente llamada "de apertura" ha producido perjuicios especialmente severos al sector agrícola y al sector industrial. Las tasas de crecimiento de su producción han descendido a niveles modestos o decididamente pequeños. La inversión de capitales privados se ha desviado a otros sectores. El empleo fabril se ha estancado donde no es que ha mermado. Segmentos que antes fueron pujantes y grandes, como los textiles, las confecciones, el de cueros, las químicas, las siderúrgicas, y otros, han sufrido un duro frenazo y afrontan serias dificultades.

Y por encima de todos estos síntomas inquietantes, lo que hoy más preocupa en el panorama industrial es que se advierte entre empresarios y gobernantes un pronunciado desgano por hacer nuevas industrias o por expandir las existentes. Hay una notoria desorientación o negligencia en el Estado, en la opinión pública, en los académicos y en los particulares sobre la necesidad indispensable y la urgencia prioritaria de industrializar mucho más al país. Y esa desorientación es mayor aún frente al tema de cómo continuar el proceso histórico de desarrollo fabril y manufacturero, en forma óptima para Colombia. Este breve artículo quiere hacer al menos un llamamiento a reflexionar sobre esta cuestión básica para el país, y aportar algunas propuestas a su esclarecimiento.

Los problemas principales

En el decenio más reciente, entre 1987 y 1997, (hoy en día) las tasas de crecimiento de la producción manufacturera han fluctuado entre las muy modestas marcas del 3% y el 6% anual, con una media de 4.2%, lo cual denota un dinamismo bastante escaso. Otros países no muy diferentes al nuestro han crecido en sus industrias bastante más de prisa, como lo han hecho Méjico, Brasil, Thailandia, Malasia, Portugal, Grecia o Turquía, para no hablar de China, Taiwan o Hong Kong. El cuadro de la distribución geográfica de nuestra industria poco ha cambiado. Ella sigue concentrada casi exclusivamente en las conurbaciones de Bogotá, Medellín, Cali, Barranquilla y Cartagena. Las exenciones tributarias que dieron a esas ciudades intermedias las "leyes del Nevado" llevaron a Ibagué, a Manizales y a Pereira algunas fábricas que no eran nuevas para

el país, que no tuvieron efectos duraderos y que, en algunos casos, no han prosperado en su nuevo emplazamiento.

Pese a los esfuerzos que han hecho los industriales que han sobrevivido a los severos trastornos que les ha causado la "apertura" (los que no cerraron sus fábricas y no se dedicaron a importar), reduciendo costos y mejorando sus productividades, la industria colombiana aún presenta numerosos campos donde la productividad por fábrica-día es baja en términos físicos y económicos, si se compara con estándares internacionales. Así pasa con algunos rubros textiles, de confeccionistas, de curtiembres; con numerosos ramos metal-mecánicos, algunos renglones químicos, varios de la industria de alimentos y con muchas pequeñas industrias. Sectores que pudieran y debieran ser mucho mayores en Colombia permanecen retrasados en su tamaño o en su tecnología, como ocurre con la industria maderera, la construcción de maquinaria, la electrónica, las fábricas agroindustriales (salvo los ingenios azucareros, que han alcanzado un desarrollo admirable), la carboquímica (que es casi inexistente), los fertilizantes, los productos de minerales no metálicos y la siderurgia. Estas carencias en productividad y en tamaño económico constituyen un signo muy elocuente del escaso nivel de desarrollo industrial del país, todavía finalizando el siglo XX.

En los recientes lustros, desde 1975 hasta hoy (1997), el crecimiento global del empleo fabril a nivel nacional ha sido insignificante, registrando tasas anuales del 1, el 2 ó el 3%, sumamente débiles. En realidad muchísimas fábricas o ramas industriales han hecho recortes severos de su personal, de manera ocasional o sistemática. En esta forma el sector industrial en

conjunto presenta hoy productividades por trabajador-año bastante mejores que uno, dos o tres lustros atrás. Esto es y ha sido un beneficio para la eficiencia industrial, el cual ha sido aportado fundamentalmente por los trabajadores que han permanecido en sus puestos y esforzándose en producir más, y logrado también a costa del empleo de quienes lo han perdido. Lo preocupante no es en sí el estancamiento en los números de trabajadores, sino su significado como escaso dinamismo de la industria como sector básico para generar empleo directo para los colombianos, y para provocar eficazmente la generación de empleos indirectos en la agricultura, el comercio, las finanzas y demás sectores conexos con aquél.

A lo largo de los primeros años setentas, las exportaciones de productos manufacturados y semi-manufacturados se diversificaron admirablemente. Sus valores a nivel de cada producto, y del conjunto de ellos, creció en esos años con una rapidez que era casi única en la historia industrial del país. Era el resultado de claras políticas de fomento a las exportaciones fabriles que aplicaron los gobiernos Lleras Restrepo y Pastrana para superar la monoexportación tradicional de café. Al producirse la "apertura", en 1990 y 1991, el gobierno Gaviria anunció que se trataba de lanzarse resueltamente a exportar mucho más. Pero los desaciertos en la expedición de esta política, las contradicciones en su aplicación y la falta de

preparación del país para asimilarla, hicieron que en estos ocho años las exportaciones fabriles en conjunto hayan merado sustancialmente su ritmo de crecimiento, y que la diversificación que llegó a lograrse en ese comercio exterior hacia 1986 y 1987 se haya contraído de manera notoria, especialmente en estos años de "apertura" desde 1990. El daño a las enantes vigorosas exportaciones textiles es quizá el más protuberante caso de retroceso exportador industrial, pero hay otros numerosos. La industria colombiana, tomada como un solo conjunto,

exporta cada año apenas el 10% aproximado de su producción medida en dólares, o algo menos.

Una de las metas básicas para el desarrollo industrial futuro deberá ser la de elevar sustancialmente ese porcentaje, a base de mejor productividad y de mayor producción.

Estos y otros varios trastornos enfrenta el sector hoy (y hacia el futuro de corto plazo), como resultados de las políticas oficiales

desacertadas y desestimulantes de los gobiernos hacia el mismo, durante casi 30 años. Pero hay uno muy importante del cual el responsable es el mismo sector fabril. Se trata de los múltiples impactos negativos que la mayoría de las fábricas (no todas) vienen ocasionando al medio ambiente. Se sabe, por ejemplo, que los sub-productos y desechos industriales que anualmente se vierten a las alcantarillas y los cauces naturales de agua alcanzan alrededor de 250 mil toneladas

de corrosivos, biocidas, tóxicos, cancerígenos y otros materiales contaminantes. Sin embargo, debe reconocerse que los empresarios industriales vienen tomando medidas correctivas o remediales. Pero falta muchísimo por hacer en inversiones, en tecnología y en reubicación de instalaciones.

Este no es un cuadro “pesimista”. Revela solamente hechos objetivos que ponen de presente que la industria fabril colombiana se encuentra en una etapa de desestímulo y confrontada por desafíos muy serios, como quizá nunca antes lo había estado. Por eso es necesario que el país entero se esfuerce en hallar una nueva salida de vigoroso desarrollo industrial y agroindustrial, que seguramente no la van a dar “la Mano Invisible” de Adam Smith ni las ideologías anacrónicas que han resucitado en los últimos años.

Hacia una nueva industrialización

Para superar el actual estancamiento industrial de Colombia, lo primero que se requiere es superar la atmósfera de desconcierto y de desorientación en que el sector se encuentra hoy, y que el gobierno y el país entero se den cuenta de los serios inconvenientes de esa situación y se pongan de acuerdo respecto a la importancia vital de reimpulsar al sector fabril. No se trata, desde luego, de volver a la industria tradicional como era y como trabajaba antes. Se trata de dos grandes tareas nuevas. Una, la de corto plazo, es la de consolidar y mejorar las industrias que hoy quedan, después de la prueba traumática de la “apertura”, y de identificar cuáles serán sus lineamientos cualitativos y cuantitativos de mejoramiento y de crecimiento. Puede llamarse, si se quiere, hacer la

“reingeniería” o la “reinención” de la industria existente. Es difícil pero puede hacerse. Además, es urgente. Y es una tarea de importancia vital y estratégica para Colombia y para los colombianos. La otra gran tarea es la de formular, delinear, diseñar y concertar un nuevo tipo de desarrollo industrial para realizarlo en los años que vienen, tanto en el corto plazo, como en el mediano y en el largo plazo. Más concretamente: debemos construir un nuevo modelo de industrialización para los próximos 20 ó 30 años. Ese nuevo tipo de industrialización no consistirá en hacer más fábricas de lo mismo que ya producimos. Ni siquiera haciéndolo mejor, más económico y más limpio que hoy. Ese nuevo modelo futuro consistirá en crear muchas fábricas nuevas (pequeñas, medianas y grandes) de productos industriales que hoy no fabricamos, caracterizadas aquéllas por equipos y procesos de elevada tecnología, y caracterizados éstos por un alto valor agregado, altas calidades y abundantes producciones exportables. Todo ello deberá hacerse además vinculando estrechamente esas nuevas industrias a la economía general del país a través de sólidos eslabonamientos “hacia adelante” y “hacia atrás”, y recuperando rápidas tasas de crecimiento para el sector fabril y, en consecuencia, también para el conjunto de la economía.

A la industria tradicional existente hay que apoyarla para que se acabe de reacomodar a las nuevas y difíciles condiciones que le creó la “apertura”. De hecho, ella está realizando un esfuerzo muy grande para lograrlo, y en algún grado lo está haciendo con resultados aceptables. Pero ella sola, y en el país de hoy, sin apoyo estatal y del mundo académico, no podrá recuperar el papel muy fun-

damental que tuvo en el país de antes. Hoy es necesario abrir otra etapa de industrialización hacia sectores que aún no hemos creado; mucho más ambiciosa y con rasgos nuevos dentro de nuestra economía, dentro de nuestra tecnología y dentro de nuestra sociedad.

Por qué una nueva industrialización

El escaso interés que han tenido los gobiernos y la opinión pública hacia el desarrollo industrial, durante muchos años recientes, hace preciso volver a poner de presente las razones muy fuertes que justifican y que motivan un mayor grado de industrialización para Colombia en forma prioritaria, y como asunto de alto interés nacional. Cabe, pues, repasar algunas de ellas.

En primer lugar, hay que recordar que el sector industrial ha demostrado en el mundo, a lo largo de los dos siglos de Revolución Industrial, que en países como el nuestro él puede llegar a ser un poderoso tractor para impulsar con celeridad su propio desarrollo y el de toda la economía de un país. Los procesos industrializadores que vivieron la Colombia de los años cincuentas y sesentas, el Brasil de los años setentas, y Corea desde 1970 son algunos pocos ejemplos muy elocuentes de lo que señalamos, entre muchos más que se podrían dar.

Atendiendo al tema crucial de la generación de empleo y de ingresos, hay que anotar que solamente el desarrollo industrial autosostenido, vigoroso y bien articulado con la economía nacional y con la internacional, puede generar en nuestro país el caudal de 500.000 nuevos empleos productivos y bien remunerados que necesitamos en toda nuestra economía, año por año, para dar plena ocupación pro-

ductiva, decorosa y remunerativa a los brazos y las mentes de la población apta para trabajar. Una buena parte de nuestra población económicamente activa aún no tiene tal ocupación y con el paso del tiempo, gruesas cohortes acrecientan y acrecentarán progresivamente la demanda de empleos, hoy y en el futuro.

Una razón muy fuerte para desarrollar la industria mucho más aún, es que nuestro país cuenta con una dotación admirable de recursos naturales industrializables que a través del procesamiento fabril, con alta tecnología, pueden convertirse en una palanca poderosa de crecimiento, y de diversificación y modernización de nuestra economía, mediante la externalización de los altos valores agregados que así se pueden producir. Recordemos que la naturaleza nos dio abundantes recursos de petróleo, gas natural, carbón, metales preciosos, minerales metálicos, minerales no metálicos, maderas, tierra agrícola y recursos hidráulicos, que constituyen fuertes factores de ventaja comparativa y de ventaja competitiva para crear nuevas empresas industriales.

El desarrollo industrial ha sido el medio fundamental de cultivo y el apoyo básico para los progresos sociales que el país ha hecho desde los años treinta del presente siglo. Esos progresos han sido importantes y han mejorado sustancialmente las condiciones de vida de grandes grupos humanos del país, pero aún no bastan. Por eso, también es preciso que nuevos avances industriales futuros estimulen y financien más aún los nuevos avances sociales que necesitamos en áreas como la educación deficiente, la salud precaria, la vivienda escasa, la ciencia subdesarrollada, la cultura desatendida, la pobreza absoluta y otras. La experien-

cia histórica de Colombia y de muchísimos países desarrollados y en desarrollo muestra que la industria fabril puede lograr este efecto, como casi ningún otro sector, si se le estimula certeramente y si se le dan cauces adecuados. La industrialización aparece, pues, como un requisito indispensable y crucial para redistribuir el ingreso y el patrimonio nacionales, y para contribuir así a resolver el grave problema económico y social de los protuberantes desequilibrios entre grupos sociales y entre regiones del país.

Hace muchos años está comprobado por la experiencia internacional que mientras un país exporte solamente productos primarios (agropecuarios o mineros) su ingreso de divisas internacionales será escaso y errático y se hará en términos de comercio más adversos. Tal es el caso colombiano de hoy, cuyas exportaciones de café, bananos, petróleo, flores y carbón casi agotan nuestra lista de ventas al resto del mundo. Son las exportaciones manufacturadas las que pueden llegar a generar en el futuro nuevos ingresos exteriores que sean más cuantiosos, más rentables, más estables y más remunerativos para la economía nacional, que los que hoy tenemos. Esta sería una estrategia de gran eficacia para aumentar con rapidez el producto nacional, el ingreso nacional y el empleo productivo, mucho más eficazmente que en el pasado.

En un país como el nuestro, con variadas regiones y con diversos y numerosos centros urbanos, hay oportunidades de desarrollo fabril y manufacturero para todos ellos. Es así como en el pasado se produjo cierta redistribución geográfica de fábricas en nuestro país en los años cincuentas y sesentas, cuando surgieron numerosas empresas fabriles en ciuda-

des intermedias que prácticamente carecían de industrias, como Manizales, Pereira, Sogamoso, Zipaquirá, Girardot, Palmira, Buga, Ibagué, El Espinal, Cartagena y Cúcuta, por ejemplo, y que han sido notoriamente beneficiadas por su nueva industrialización. Lamentablemente este proceso se detuvo desde los años setentas y hoy está paralizado del todo. Ese proceso puede y debe profundizarse y ampliarse mucho más, para buscar así una elevación más equilibrada de las economías de las varias y diversas regiones colombianas que muestran clara vocación industrial y agroindustrial en nuestros departamentos. Lograr esto mediante el desarrollo de otros sectores no industriales sería mucho más difícil, más lento y menos eficiente.

La industria colombiana actual presenta grandes contrastes en su nivel de desarrollo tecnológico. Hay ramas muy avanzadas como la petroquímica, los ingenios azucareros, las artes gráficas o la automotriz. Pero hay otras notoriamente rezagadas como la pequeña industria de alimentos, las curtiembres, algunos rubros químicos, la confección, varias de minerales no metálicos y otras. Y entre ellas se encuentra toda la gama intermedia. Nos falta aún mucho para llegar a ser un país que se destaque por el nivel tecnológico de sus industrias y -menos aún- de toda su economía. Por su naturaleza misma, la futura nueva industrialización deberá ser el mecanismo por excelencia para incorporar nutridamente las innovaciones tecnológicas más avanzadas a nuestro medio. Una gran parte de esas innovaciones se difundirán luego a otras actividades, tanto industriales como no industriales, y en todas éstas contribuirán a aumentar la productividad de la nación

en su conjunto y en sus partes. Sólo el desarrollo fabril puede convertirse en un mecanismo muy eficaz para tecnificarse a sí mismo, para difundir nuevas y altas tecnologías a otros sectores, y para propiciar el urgente proceso de avance tecnológico y científico que nos urge.

La nueva industrialización que mencionamos deberá cumplir con holgada suficiencia las funciones anteriores (más otras adicionales) en el desarrollo futuro de la economía colombiana. Si Colombia no avanza resueltamente por el camino de una industrialización muy eficiente, muy limpia y muy racional, el desarrollo de su economía seguirá siendo muy lento y seguirán acumulándose, por tanto, los problemas sociales.

Las nuevas industrias

Los nuevos frentes que el país debe abrir en el sector manufacturero tendrán que cumplir varios criterios esenciales:

- Que no existan aún en el país o que presenten hoy un desarrollo notoriamente insuficiente, es decir, que sean actividades verdaderamente nuevas a nivel nacional.

- Que apliquen tecnologías avanzadas y modernas que generen gracias a ello un alto margen de valor agregado, para garantizar su robustez económica.

- Que sean intensivas en el uso de materias primas naturales o manufacturadas de producción nacional, para que tengan un efecto tractor importante sobre el resto de la economía, y para que optimicen el uso de recursos naturales y agropecuarios colombianos, usados racionalmente como insumos de las nuevas industrias.

- Que puedan prosperar sin subsidios ni protecciones arancelarias para que

aseguren mercados nacionales y extranjeros donde ellas compitan a base de altas calidades, de precios razonables y de alta productividad.

- Que en su conjunto se logre una distribución regional de las industrias que sea más equilibrada que la que hoy tenemos en el territorio colombiano.

- Que aprovechen en alto grado las capacidades empresariales, innovadoras e inventivas de nuestra población, capacidades que son el mejor recurso que tiene Colombia y que hoy no están aprovechadas en todo su gran potencial.

- Que remuneren el trabajo humano con amplitud, como debe corresponder a los altos niveles de capacitación y calificación técnica y científica que esas nuevas industrias van a requerir por su elevado perfil tecnológico y por su exigente grado de productividad, así como beneficios efectivos para la sociedad, para que tengan efectos multiplicados en el desarrollo del país.

- Que respeten el medio ambiente, que produzcan limpiamente y que minimicen los impactos al entorno, a la naturaleza y a los recursos renovables y no renovables.

- Que trabajen con efectivos eslabonamientos “hacia adelante” y “hacia atrás” para generar numerosos empleos indirectos (además de los directos) en otros sectores proveedores de insumos y de servicios y en actividades complementarias. Estudiando las características tecnológicas y económicas del país, y las características peculiares de las distintas clases de industrias como se encuentran hoy en el mundo, se aprecia que los principales tipos que pueden cumplir mejor estos requisitos en Colombia, en los lustros que vienen, serían los que señalamos a continuación:

- Las fábricas que transforman recursos mineros y energéticos nacionales en productos de gran demanda internacional.

- Las plantas agroindustriales que elaboran materias primas agropecuarias de manera integral para producir alimentos, maderas, comestibles vegetales y animales, fibras textiles, cueros, etc.

- La construcción de bienes de capital con alta técnica, tanto para usos eléctricos como electrónicos o mecánicos. Aquí se incluye un gran número de nuevos rubros industriales que en el país no producimos o que lo hacemos en muy pequeña escala.

- Las manufacturas de alta tecnología, especialmente dependientes del trabajo de alto diseño, de procesos fabriles de precisión, de montaje muy fino, de avanzados conocimientos y de normas exigentes.

Los nuevos renglones

Más concretamente se plantea aquí que los 10 tipos específicos de nuevas industrias que deberán abordarse en la nueva etapa superior de industrialización en Colombia, en forma más resuelta y prioritaria, resultan ser los siguientes. Ellos reúnen las mejores posibilidades para aprovechar las ventajas, para generar los beneficios y para impulsar la economía del país.

1.- La producción de productos petroquímicos básicos y de petroquímicos intermedios, derivados del petróleo y del gas natural. Este renglón ya existe en Colombia, pero en escala modesta frente a lo que podría ser. Un proyecto de cracker petroquímico para producir nomómeros petroquímicos, que se adelanta en Cartagena, es un buen ejemplo de lo que hay que hacer. Pero en el futu-

ro habrán de desarrollarse otros numerosos proyectos nuevos para fabricar fertilizantes nitrogenados, explosivos, combustibles, productos químicos para procesos industriales, cauchos y látex sintéticos, y otros derivados más. Se trata de producciones que aún no tenemos o que son muy pequeñas e insuficientes.

2.- Plantas para industrializar el carbón como materia prima industrial: prerreducción de hierro, derivados carboquímicos, pirólisis y coquización para exportar, carbones transformados, gas sintético de carbón, solventes industriales, grafito artificial, ferroaleaciones. Se trata del vastísimo campo de la tecnología carboquímica (o carbo-tecnología), que en Colombia prácticamente ignoramos aún a pesar de tener enormes reservas de hulla, y que es una tecnología bien conocida a nivel internacional.

3.- Plantas para transformación de minerales no metálicos en productos químicos, cerámicos y metalúrgicos. Ejemplos de este tipo serían las nuevas plantas que necesitamos para fabricar carburo de calcio, carburo de silicio, fertilizantes fosfóricos, materiales refractarios, vidrios y cristales especiales y finos, alúmino-silicatos sintéticos, derivados del azufre, etc. Hoy casi no existen en el país.

4.- Industrias agroalimentarias de alta tecnología: plantas de proteína foliar, aceites esenciales vegetales, alimentos integrales ready-made, piscifactorías y sus productos en conserva, curtiembres limpias de alta calidad o de pieles especiales, rastros para aprovechamiento integral de ganado, tubérculos deshidratados, frutas y derivados de calidad exportable, proteínas unicelulares comestibles.

5.- Industrias productoras de deriva-

el valle del río Risaralda, de altísima productividad y muy cercano al Océano Pacífico.

Dentro de este esquema, la Sabana de Bogotá vería surgir muy naturalmente varias plantas carboquímicas y carbotérmicas, de derivados de la sal, de derivados de la cal, una gran forja pesada, construcciones de máquinas mecánicas y de máquinas eléctricas, plantas agroindustriales, y manufacturas metal-mecánicas de alta tecnología, para sólo dar algunos ejemplos. Su grande infraestructura industrial, sus vías y transportes a todo el mercado nacional y su tamaño económico, la harán siempre una fuerte área industrial.

Los dos Santanderes son regiones muy idóneas para ubicar las futuras plantas para construcción de máquinas mecánicas y agrícolas, instrumentos de medición y de calibración, construcciones de máquinas-herramientas, derivados del carbón, derivados de la cal, metal-mecánica de alta tecnología, vidrios especiales, e industrias electrónicas profesionales, entre otras. Para ello cuentan con recursos naturales valiosos (petróleo, carbón, gas natural, minerales no metálicos, tierra agrícola y aguas) y una población emprendedora e inteligente.

Los grandes requisitos

Muy poco podrá lograrse en el propósito de reindustrializar a Colombia mientras prevalezcan las situaciones de desorden económico y social en que hoy vivimos y

mientras no recuperemos unas condiciones que propicien una nueva etapa de desarrollo económico vigoroso. Si Colombia encontrara siquiera dos gobiernos competentes, inteligentes y capaces en los próximos dos o tres lustros, estas condiciones podrían llegar a cumplirse. Particularmente críticos y necesarios son los siguientes prerequisites.

Tal vez lo más crítico y más urgente es que surja una generación nueva de empresarios, con elevadas capacidades, con vocación e iniciativa para abordar tareas grandes y complejas, y con una seria formación técnica y administrativa. Hablamos de aquel tipo de empresarios que economistas y sociólogos califican como

“schumpeterianos”, en homenaje al gran economista y pensador austriaco que señaló el papel fundamental que ese tipo de gestores juegan en el desarrollo económico, y sin los cuales éste no es posible. Hoy son muy pocos los empresarios que responden a estas características en todo el territorio colombiano, salvo quizá el Valle del Cauca.

Las políticas económicas de los últimos dos lustros (montadas en el mito de “la Mano Invisible” de Adan Smith) han desestimulado muy marcadamente la formación de ahorro y -peor aún- han desalentado la orientación a actividades de producción que llegaron a tener en los años cincuentas y sesentas. Será necesario, pues, que se logre elevar en forma sustancial la tasa neta de formación de capital y que se remuevan los sesgos de varios tipos que hoy desestiman la inversión en indus-

tria. Esto va a significar, entre otras cosas, una reestructuración (difícil pero necesaria) del sistema bancario y financiero del país para que él sea un mecanismo verdaderamente al servicio del desarrollo nacional y no un mero instrumento de mayor acumulación de capital en las escasas manos que hoy lo concentran. Para ejecutar un proyecto ambicioso, como lo es éste, se requerirá una fuerte alianza de voluntades entre el Estado, los empresarios particulares y la inteligencia técnica del país, para poder reunir los numerosos recursos económicos y técnicos que son necesarios: los recursos mineros, la capacidad empresarial, el financiamiento, la inversión extranjera, la tierra, la ciencia y la tecnología, etc. Es indispensable que el Estado vuelva a cumplir un papel eficaz como promotor

de la iniciativa particular que se aplique a grandes causas de interés nacional.

En conclusión, Colombia no llegará a niveles aceptables de desarrollo económico ni de avance social mientras no tenga (o al menos, no busque) un grado de industrialización mucho más alto que hoy. Sin un sector fabril poderoso seguiremos manteniendo al 40% de nuestros compatriotas en pobreza absoluta; no tendremos una economía dinámica; conservaremos las altas tasas tradicionales de desempleo; y seguiremos siendo un país subordinado en el plano internacional. Este breve artículo es el grano de arena que pone el autor para avanzar a un país mejor.

Medellín, octubre 20 de 1997